

AGENDA CIUDADANA

LA ILEGITIMIDAD DE LA NUEVA DESIGUALDAD

Lorenzo Meyer

Un Problema Global.- En términos generales la pobreza va unida a la desigualdad. Son dos caras de una misma moneda y hoy, como unidad, constituyen un problema central no sólo en México sino del mundo contemporáneo. Ese terrible binomio afecta no sólo a los países periféricos como el nuestro, sino también al más rico y central: a Estados Unidos. A este último y a otros que le son cercanos, los aqueja de una doble forma; en primer lugar porque los convierte en blancos de la frustración y, por tanto, del ataque de los elementos más radicales del mundo que se va quedando atrás, en la periferia. Pero también los afecta adentro porque su propia división entre pobres y ricos se ha acentuado y daña el consenso nacional.

En la reunión de jefes de Estado y de gobierno del llamado Mecanismo de Cooperación Económica Asia Pacífico (APEC) que acaba de tener lugar en Los Cabos, Baja California Sur, más de un discurso ligó a la pobreza de forma causal con el terrorismo, aunque el país menos receptivo a este planteamiento fue Estados Unidos, el líder de la cruzada anti terrorista, (The New York Times, 28 de octubre). Exactamente la misma lógica se puede usar con relación a la desigualdad. En realidad, una de las grandes fuentes de frustración del mundo árabe actual es precisamente la creciente brecha entre el conjunto de países árabes, cuyas economías están prácticamente estancadas --entre 1990 y 1999 el producto per capita de esos países creció sólo el 1%-- y el dinámico conjunto de países desarrollados postindustriales. Además, el golfo que separa a los países

árabes ricos –los petroleros y de baja densidad demográfica-- de los árabes pobres, es también enorme: entre una Arabia Saudita con un ingreso per capita de siete mil dólares anuales y un Egipto con tan sólo 1, 290 dólares en 1998, la distancia es de 5.4 veces, y con Sudán ¡24 veces!.

Es un hecho que la mundialmente la desigualdad va en aumento, tanto entre países como al interior de los mismos. Por ejemplo, para 1999, veintitrés de los cincuenta países que diez años atrás habían reportado los ingresos *per capita* más bajos a escala mundial, no sólo no habían mejorado su situación sino que habían retrocedido: eran más pobres que antes en términos absolutos y relativos. En el mismo período, los restantes 27 miembros de ese nada envidiable “club de pobres” apenas crecieron, en promedio, 2.7% anual, lo cual significa que, de seguir las cosas como van, a los más afortunados del grupo les va a tomar 79 años llegar a tener un nivel de vida similar al que hoy tiene Grecia, que es el país más pobre de la Unión Europea. ¿Y los que menos afortunados?, pues esos simplemente corren el riesgo de desaparecer como unidades viables, (los cálculos fueron hechos por Benjamin M. Friedman, en “Globalization: Stiltz’s Case”, New York Review of Books, 15 de agosto, 2002, p. 48).

La Solución de la Izquierda.- En el siglo XIX, la izquierda dijo tener la única gran solución al problema social del mundo industrial: el cambio revolucionario en las relaciones de propiedad y de producción, es decir, saltar del capitalismo al socialismo, a la planificación racional de la economía, para finalmente llegar al comunismo y sustituir a la política por la mera “administración de las cosas”. Para fines del siglo XX era evidente que el “socialismo real” establecido primero en Rusia y luego en otras “democracias populares”, había fallado. Y el fracaso no

era únicamente en lo económico, sino también en lo político, social, cultural y ético. Tras la desaparición de la Unión Soviética en 1991, su socialismo quedó como una historia poco edificante y el sobreviviente de ese gran experimento, China, se mantiene como socialista sólo en el nombre, en tanto que Cuba y Vietnam, pequeños y aislados, simplemente ya no funcionan como puertas al futuro.

La “tercera vía” –ni capitalismo ni socialismo-- al estilo de la encabezada hoy por Tony Blair en Gran Bretaña, ofrece paliativos a la pobreza pero sin afectar la desigualdad. Además, Inglaterra es una sociedad ya desarrollada, fuertemente institucionalizadas y que cuentan con recursos para mantener al menos un pálido “Estado de Bienestar”. En los países subdesarrollados no ha funcionado ninguna “tercera vía”, aunque aún se sigue intentando. El último y más interesante esfuerzo en ese sentido está por empezar en Brasil, donde 53 millones de votos han puesto a Luiz Inácio “Lula” da Silva, un ex obrero, sindicalista y de izquierda, en la presidencia del país más importante de América Latina. Pero Brasil es hoy sólo una posibilidad, una promesa que para crecer al 5%, poner en marcha el programa “Hambre Cero” o disminuir el desempleo a la mitad, deberá rehacer el modelo económico y hacer frente a una deuda externa de 260 mil millones de dólares.

La Solución Desde la Derecha. La solución al problema social también se ha intentado desde la derecha, aunque nunca de manera radical, de fondo, como lo hizo la izquierda. En realidad, desde el inicio la derecha se propuso simplemente aminorar los efectos de la miseria y la desigualdad como una forma práctica de mantener sus privilegios. Es posible interpretar las innovaciones del

príncipe Otto von Bismark (1815-1898) --fundador y primer canciller del Imperio Alemán--, como el origen de la política social de la derecha: defender el corazón del sistema de privilegios cediendo en las márgenes. Para enfrentar a la Social Democracia, Bismark ofreció a los obreros seguros contra los accidentes de trabajo, la enfermedad y para el retiro. El objetivo era menos dar bienestar de los asalariados y más alejarlos de los socialistas --a los que veía como “ratas” enemigas del Imperio y a los que se debía exterminar. En el corto plazo la estrategia bismarkiana tuvo poco éxito, pero en el largo la derecha la ha usado y mucho.

Franklin D. Roosevelt (1882-1945), presidente de Estados Unidos durante la Gran Depresión, puso en práctica una política de gran gasto público para crear empleo y auxiliar al “hombre olvidado”. Ese fue el corazón del “Nuevo Trato” o *New Deal* entre 1933 y 1939. La idea era dar forma a una economía capitalista controlada que minimizara los efectos negativos del mercado sobre los niveles de vida de los trabajadores y los pobres y maximizar sus beneficios. De ahí surgió un gobierno federal productor de electricidad, regulador de los precios agrícolas o vigilante de los derechos de los trabajadores, de los menores de edad, de los ancianos o viudas. Por casi medio siglo el “New Deal” dejó sentir su influencia dentro y fuera de Estados Unidos, pero finalmente se agotó y fue reemplazado por lo que tenemos hoy, por el predominio del mercado.

Para los años setenta del siglo pasado, las clases dirigentes del mundo capitalista y post industrial, consideraron que la carga impositiva y regulatoria del “Estado Benefactor” era ya insostenible, que la burocracia se comía tanto los impuestos como la energía creadora del sector privado. Fue entonces que la

teoría de Milton Friedman --un economista conservador, premio Nobel de economía (1976) y feroz crítico del “Estado Benefactor” de la postguerra-- se encontró con los políticos igualmente conservadores y con la voluntad de adoptar su visión del mundo para dismantelar o, al menos disminuir, lo creado por Bismark, Roosevelt y otros, para dar paso a un capitalismo sin trabas. Y esos políticos fueron, por un lado, la “Dama de Hierro” de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, que asumió el cargo de Primer Ministro en 1979, y por el otro, el ex actor de Hollywood, Ronald Reagan, que obtuvo la presidencia de Estados Unidos en 1981. La singular pareja lanzó un ataque muy exitoso contra el “Estado de Bienestar” en los países ricos, que fue imitado, desde luego, por otros en los pobres.

En las postrimerías del siglo XX, el conservadurismo angloamericano arrastró al resto del mundo capitalista y alcanzó su momento cumbre en 1991, cuando su adversario, el socialismo soviético, simplemente no aguantó la intensidad de la carrera económica y se desplomó en medio de la pista para no volver a levantarse. Se proclamó entonces la gran victoria de la energía física, intelectual y moral del capitalismo, del mercado, de la privatización, de la globalización y de la democracia. Sin embargo, el resultado práctico de ese neoliberalismo no esta llevando a la tierra prometida sino a un mundo muy brutal, donde los débiles se han quedado a la intemperie y sin esperanza. Y eso no ocurre sólo en Africa, América Latina, Asia y la Europa del Este, sino incluso en el corazón del nuevo sistema: en Estados Unidos.

El Retorno a la Edad de la Gran Concentración de la Riqueza.- Durante la época de la “Guerra Fría”, la teoría del desarrollo que los académicos

norteamericanos recomendaban a los países latinoamericanos, consistía en seguir estrategias que fomentaran el crecimiento de las clases medias. En la medida en que se construyera una mesocracia, aseguraron, todo mejoraría —la economía, la política y la moral— y el mundo periférico se asemejaría cada vez más al mundo desarrollado, donde lo característico era justamente una amplia clase media, raíz y razón del desarrollo capitalista, democrático y estable. Sin embargo, ahora que el capitalismo ha triunfado en toda la línea, resulta que su triunfo amenaza precisamente a los sectores medios ¡incluso en Estados Unidos!. Y esa amenaza no proviene de los proletarios o de las supuestas "clases peligrosas" o revolucionarias, sino de arriba: de los excesos y abusos de las plutocracias neoliberales que han llevado a una nueva polarización de la sociedad.

Paul Krugman, un profesor de economía de la Universidad de Princeton, en un artículo de divulgación ("For Richer" en The New York Times Magazine, 20 de octubre), señala que la destrucción del legado de la administración del presidente Roosevelt es, también un ataque a la clase media norteamericana. Ese ataque se inició hace treinta años, y el resultado es una redistribución de la riqueza regresiva, que amenaza a la clase media y ha hecho retroceder a las clases bajas. La estructura social del neoliberalismo es un avance en la injusticia.

Krugman señala que el *establishment* político, económico y académico norteamericano, simplemente se niega a aceptar que Estados Unidos está de vuelta a una etapa que se creía superada por lo que hace a la acumulación y ostentación de riqueza privada. Se ha regresado a la época de J.P. Morgan o del Gran Gatsby. Si políticos y académicos se niegan a aceptar ese hecho es

simplemente porque hay en ellos una conciencia de la inmoralidad del proceso, pero las cifras son claras.

Ya deducidos los impuestos, el 1% de las familias norteamericanas recibe hoy el 14% del ingreso disponible. Esto significa, dice Krugman, que la parte “del pastel” de la que se apropia esa minoría ha aumentado al doble de lo que era hace treinta años, y equivale a lo que recibe el 40% de quienes viven en el fondo de la pirámide social de Estados Unidos. Otra forma de decir lo mismo: las 13 mil familias más ricas de Estados Unidos disfrutan de un ingreso equivalente al de la suma de los 20 millones de familias más pobres. Otra: ese ingreso de los miembros del grupo de los 13 mil es, en promedio, 300 veces superior al de la familia promedio norteamericana. Si se quiere otras cifras igualmente dramáticas esta el ingreso anual, también promedio, recibido por los cien altos administradores de empresas mejor pagados de Estados Unidos; este pasó de 1.3 millones de dólares en 1970 a 37.5 millones en 1999 a precios constantes, lo que significa que de ser el equivalente a 39 veces el salario del trabajador promedio, hoy lo es mil veces.

El crecimiento de la tajada del ingreso total de las familias americanas más ricas en los últimos treinta años es del 100% en tanto que el de la típica familia de clase media es de sólo 10%. En contraste, el 20% de los hogares más pobres no solo no vio ningún aumento en su ingreso sino una disminución.

En Suma.- Lo que hoy se llama “libre mercado” esta lleno de medidas de protección para los países más ricos, y dentro del más rico de esos países, los ricos han concentrado lo ganado. Todo esto está dando lugar a una desigualdad similar a la de épocas pasadas, pero con una gran diferencia: esta desigualdad ya

no tiene la legitimidad que tuvo aquella. El problema social creado por esta desigualdad ilegítima apenas se esta empezando a manifestar. Se debería actuar antes de que las tendencias sigan adelante y la injusticia desemboque en mayor violencia, pero ¿se puede?, ¿se quiere?.